



## ANGUSTIA Y PESADUMBRE: PRELUDIO INDÍGENA A LA CONQUISTA DE AMÉRICA\*

*Oswaldo Silva Galdames*

Departamento de Ciencias Históricas  
Universidad de Chile

**E**n el pensamiento azteca la dualidad vida-muerte estaba siempre presente. Tanto en la concepción de la naturaleza como en la mitología era un tema recurrente. Nada se engendra para vivir eternamente pero, tampoco, nada muere irremediamente. Tal como los pastos que reverdecen en cada primavera, la vida retorna a agitarse tras el paso del invierno y de la noche del no ser. El mundo náhuatl se deslizaba, pues, entre la angustia y la esperanza, imprimiéndole un proceder reflejado en lo sagrado y lo profano. Punto de partida de dicha actitud era la misma concepción cíclica del tiempo y de la historia.

Aunque conocían el calendario solar y el lunar, muy similares a los nuestros, evidencia de la complejidad de sus observaciones astronómicas, más importantes para ellos eran los períodos de días, meses o años que la interminable sucesión de lapsos diurnos y nocturnos. Al finalizar un mes, durante el cual las divinidades habían participado en el destino de los seres humanos y en las manifestaciones de la naturaleza, decidida entre rogativas y ofrendas que les llenaban de satisfacción porque era la norma que habían impuesto a sus criaturas desde el instante mismo de la creación, un gran ritual conmemoraba el término de esa fase de veinte días y el comienzo de otra.

Transcurrido dieciocho meses del año solar se efectuaba una ceremonia de mayor solemnidad en la que se recordaba a todos los dioses y se celebraba al Señor del Año que concluía su reinado.

Como los aztecas, al igual que el resto de Mesoamérica, llevaban un doble

\*Texto de una conferencia dictada en el ciclo "Encuentro de dos Mundos". Octubre de 1989.

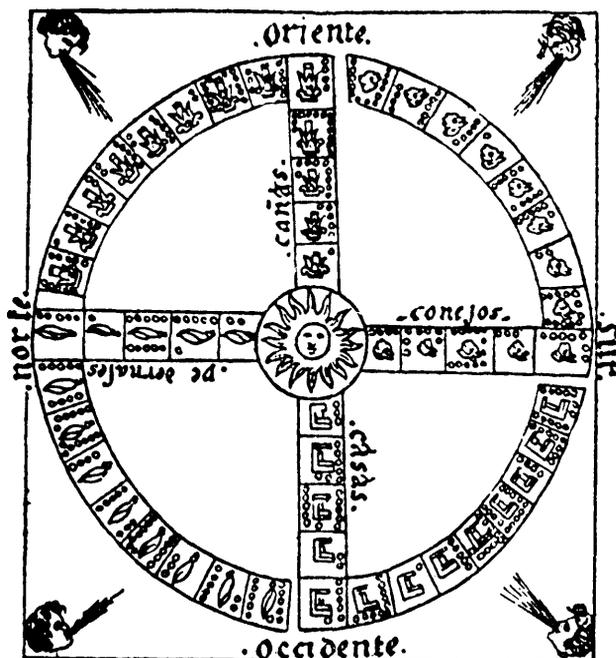


Figura 1. El padre Diego Durán intentó explicar el funcionamiento del atado de años de la siguiente manera: "Con mucha facilidad entenderá y sabrá el que fuere curioso, de saber lo que en esta figura circular se contiene y lo que en los caracteres y figuras significan. Pues en ella no se contiene otra cosa más de darnos a entender el modo de contar los años que antiguamente los naturales tenían, para lo cual es de saber, que dentro de este círculo hallaremos cincuenta y dos casas y cada casa de ellas denota un año, de manera que en este círculo están señalados cincuenta y dos años: estos cincuenta y dos años llaman los naturales una edornada al cabo de los cuales hacían una solemne fiesta a la cual llamaban *nexiuhpiliztli*, que quiere decir cumplimiento o atamiento de un círculo perfecto de años, que era venirse a juntar en este círculo redondo el fin de estos cincuenta y dos años con el principio de ellos, con este número perfecto de cincuenta y dos, y hacían la solemnidad y fiesta que he dicho a la misma manera y modo que antiguamente los judios en su vieja ley celebraban el año del jubileo de cincuenta en cincuenta años.

Este círculo redondo se dividía en cuatro partes y cada parte tenía trece años: la primera parte pertenecía a Oriente y la segunda al Norte y la tercera a Occidente y la cuarta a Medio-día. La primera parte que pertenecía a Oriente llamábanle los trece años de las cañas y así en cada casa de los trece tenían pintada una caña y el número del año corriente que le cabía, y entonces corría la misma manera que nosotros contamos el número del año que corre en este año de diciembre de 1579, sucedió tal y tal cosa, así por el consiguiente decían ellos: el año de una caña o de dos, o de tres cañas, etcétera, aconteció tal y tal cosa.

La segunda parte aplicaban al Septentrión que era de otras trece casas a las cuales llamaban las trece casas del pedernal, y así tenían pintado en cada una un pedernal y el número del año que corría junto para contar el año del pedernal de tal y tal número aconteció tal y tal cosa conforme a lo que de la parte oriental queda dicho.

A la tercera parte que cabía a la parte occidental, llamábanle las trece casas y así veremos en cada parte de las trece una casilla pintada y junto a ella el número del año que entonces corría con la misma orden que de las demás partes queda dicho.

A la cuarta y última parte que era de otros trece años, llamaban las trece casas del conejo y así en cada casa de aquellas veremos pintada una cabeza de un conejo y junto a ella el número como en las demás para conocer en los años del conejo el número que aquel año corría".

cómputo del tiempo, entremezclando cual ruedas dentadas los días, meses y años de los calendarios solar (civil) y lunar (religioso), sólo cada 52 años solares volvían a repetirse las fechas debido a la desigualdad de días—365 y 260— que tenían ambos calendarios. Allí finalizaba un “atado de años”, y se iniciaba otro ciclo en el cual volverían a repetirse los hechos porque caían bajo el designio de las mismas deidades. Los mexicanos entonces se enfrentaban a la expiración de un período y a su renovación, si así lo decidían quienes manejaban el destino del tiempo y de la historia. En caso negativo, grandes catástrofes anunciarían el descenso de demonios celestiales cuya misión era destruir a la humanidad. Los aztecas, fatalistas como eran, se aferraban, sin embargo, a la vida expiando sus culpas y sacrificando miles de víctimas humanas a los dioses con el objeto que éstos resolvieran no destruir al mundo. Las invocaciones iban especialmente dedicadas a *Xiuhtecuhtle*, el Señor del Fuego, padre y madre de todas las divinidades, cuya presencia se palpaba en la llama siempre ardiendo conservada frente al templo de *Cihuacóatl*, en el corazón de Tenochtitlán. Su santuario, en cambio, se hallaba sobre la cima de un pequeño cerro en las cercanías de Colhuacán, donde, según la leyenda, se produjo el fuego por primera vez. Allí celebraban la gran ceremonia del término del “atado de años”. Plenos de temor acudían los mexicas a partir de la tarde del día anterior, a esperar el veredicto de los dioses, suplicándoles conservaran al sol, fuente de vida y movimiento, mientras, se comprometían a revitalizarlo con la sangre de sus víctimas para que pudiera ascender victorioso desde las tinieblas a fin de proseguir derramando sus rayos vitales, desde el amanecer cotidiano, sobre el mundo que le veneraba.

Sacerdotes, atavidos como las divinidades, abandonaban la plaza central en procesión nocturna para ascender al templo del fuego. Sentados alrededor del altar, elevaban los ojos al cielo mientras sus oídos se llenaban con el ruido de las anhelantes plegarias de un pueblo confiado en la magnanimidad de sus deidades. Poco antes de la medianoche se sacrificaba a un renombrado guerrero cautivo. Presurosos le arrancaban el corazón para ofrecérselo al Señor del Fuego. Enseguida, un sacerdote hacía restallar los pedernales que producirían las chispas inflamatorias de la hoguera sagrada, en forma coincidente con el momento en que las estrellas alcanzaban el cenit de la medianoche. Si no se detenían significaba que las divinidades se habían mostrado, una vez más, generosas. El tiempo no se frenaba, la vida se prolongaría por otro “atado de años”. En reconocimiento los sacerdotes echaban a la hoguera el cuerpo de la víctima conmemorando el postrer sacrificio de *Nanahuatzin*, el modesto dios purulento, quien, arrojándose al fuego, había permitido el nacimiento del Quinto Sol, el de la humanidad náhuatl, creada durante una reunión de los dioses en la lejana Teotihuacán, cuando, según narra la leyenda, se congregaron para decidir una nueva génesis humana bajo la protección de *Quetzalcóatl*, la serpiente emplumada, luego que éste, había rescatado los huesos de la anterior generación, desde el reino de las tinieblas, para molerlos y emplearlos como materia prima en la masa con que moldearían a los hombres por quinta vez.



Figura 2. *Xiuhtecuhtli* era venerado como el más antiguo de los dioses. Se le consideraba padre y madre de todos los dioses. Sahagún fue informado que vivía en el centro de la tierra en una especie de castillo rodeado por nubes de agua, elemento opuesto al fuego que encarnaba. Era, además, el único dios que había sobrevivido a la destrucción de los cuatro mundos o humanidades anteriores a la náhuatl. Quizás por eso también simbolizaba al tiempo eterno.

La carne de la víctima hacía chisporrotear las llamas que se alzaban en medio del humo negruzco. Era la señal esperada por los atribulados mexicas. La algarabía estallaba alcanzando hasta los más recónditos lugares, y entre lágrimas de esperanza, celebraban el advenimiento de un nuevo ciclo cuya historia conocían, imprimiendo en sus ánimos un futuro que no podrían variar. Así,

entre fatalismo y esperanza, transcurría el devenir histórico de una sociedad marcada por la ineludible repetición de los hechos de acuerdo a su propia concepción cíclica del tiempo y de la duplicación de los acontecimientos. Respiros profundos evidenciaban la satisfacción que provocaba la suspensión de una sentencia también insoslayable, el fin del mundo, durante otros 52 años.

En 1502, fue entronizado *Moctezuma II* como emperador de los mexicas. Contaba con treinta y cuatro años de edad y tenía una bien ganada fama de soldado y hombre piadoso. Según la historia recogida por los españoles cuando fue elegido gobernante lo tuvieron que ir a buscar al templo de *Huitzilopochtli* a objeto de comunicarle la noticia. Aseguraban que en dicho lugar tenía un



Figura 3. El Códice Ramírez señala que *Huitzilopochtli*, el “Colibrí Zurdo” tenía “una estatua de madera entallada en semejanza de un hombre sentado en un escaño azul, fundado en unas andas, y de cada esquina salía un madero con una cabeza de sierpe al cabo. Era el escaño de color azul, con que denotaban que estaba en el cielo sentado. Tenía este ídolo toda la frente azul, y por encima de la nariz una venda azul que tomaba de una oreja a otra; tenía sobre la cabeza un rico plumaje de hechura de pico de pájaro; el pico en que estaba fijado el plumaje era de oro muy bruñido y las plumas de pavos verdes muy hermosas y muchas en cantidad. Tenía una sábana verde con que estaba cubierto, y encima de ella pendiente al cuello un delantal de ricas plumas verdes, guarnecido de oro, que sentado en un escaño le cubría hasta los pies. Tenía en la mano izquierda una rodela con cinco piñas de plumas blancas puestas en cruz, y alrededor de la rodela estaban colgadas plumas amarillas a manera de flecadura: subía por lo alto de ella un gallardete de oro y por el lugar de las manijas salían cuatro saetas, las cuales eran insignias que decían los mexicanos les fueron enviadas del cielo, con las cuales tuvieron las grandes y memorables victorias... Tenía este ídolo en la mano derecha un báculo labrado a manera de culebra, todo azul y ondeado. Está ceñido con una banderilla que le salía a las espaldas, de oro muy bruñido: en las muñecas tenía unas ajorcas de oro, y en los pies unas sandalias azules”. La imagen de esta deidad fue destruida en los comienzos de la conquista de Tenochtitlán.

apostento permanente donde pasaba gran parte de su tiempo dedicado a la meditación y al estudio de las leyendas. Con mucha humildad escuchó el discurso que, de acuerdo a la tradición, los ancianos dirigían al nuevo monarca:

Señor, poderoso sobre todos los de la tierra: ya se han deshecho las nubes y se ha desterrado la oscuridad en que estábamos: ya ha salido el Sol: ya la luz del día nos es presente, la cual oscuridad se nos había causado por la muerte del rey tu tío; pero ese día se tornó a encender la candela y antorcha que ha de ser luz de México: hásenos hoy puesto delante de un espejo, donde nos hemos de mirar: hate dado el alto y poderoso Señor su Señorío, y hate enseñado con el dedo el lugar de su asiento: ea, pues, hijo mío empieza a trabajar en esta labranza de los dioses, así como el labrador que labra la tierra, saca de su flaqueza un corazón varonil, y no te desmayes ni te descuides<sup>1</sup>.

En estos momentos Moctezuma debió remontarse hacia el pretérito narrado en las leyendas. Repasó, mentalmente, los principales sucesos, leídos en viejos códices, de la nación que ahora le tocaba dirigir y comenzó a sentir el agobio de una carga que no buscó. Pronto terminaría el presente "atado de años" y, quizás, también el mundo nacido durante aquella reunión de los dioses en Teotihuacán

cuando aún era de noche  
cuando aún no había día,  
cuando aún no había luz...<sup>2</sup>.

Su pueblo, los mexicas, eran herederos de la tradición forjada en dicha ocasión. Recordó las pesadas tareas asumidas por Quetzalcóatl para dotar a sus criaturas de alimentos y enseñarles los conocimientos técnicos, científicos y artísticos que los convertirían en maestros y rectores de las otras naciones. Rememoró la lucha posterior del anciano Quetzalcóatl contra *Tezcatlipoca* y cómo éste logró que abandonara a sus seguidores para internarse, caminando sobre las aguas, hacia el oriente, donde nacía el sol, no sin antes prometerles que regresaría algún día para recuperar su situar de honor. La leyenda y el peso del sentido cíclico del tiempo ahora empezaban a conjugarse para minar el optimismo de Moctezuma. ¿Sería él el principal actor de los eventos que las divinidades habían dispuesto desde tiempos inmemoriales? Las dudas inquietaban a su espíritu y repercutían en el cambio de su personalidad. Apenas terminaron las ceremonias de coronación sus súbditos comenzaron a percibir la transformación del hombre que había elegido como emperador por sus dotes de bondad, sabiduría y religiosidad.

Una de las primeras medidas adoptadas por Moctezuma fue despedir a

<sup>1</sup>Fray Diego de Durán. *Historia de las Indias de Nuevas Españas e islas de Tierra Firme*. Editorial Porrúa. México, 1967, tomo 1: 414.

<sup>2</sup>Códice Matritense (textos de los informantes de Sahagún). Citado por Miguel León Portilla: *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. F.C.E. México, 1961: 23.

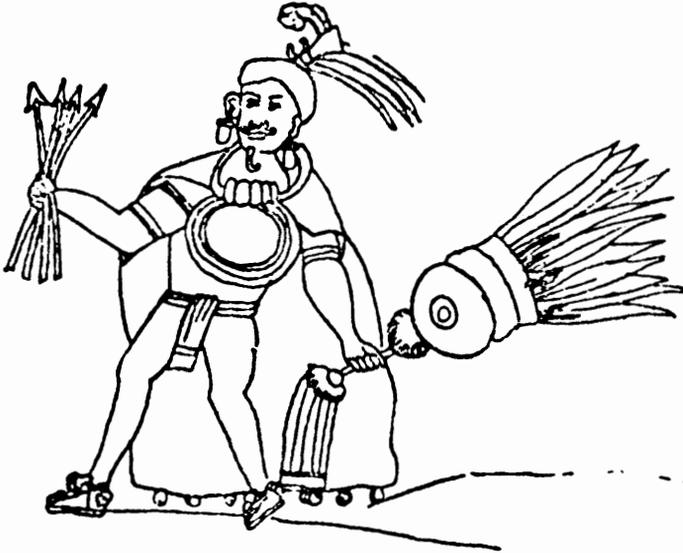


Figura 4. El mismo Códice Ramírez describe la estatua de *Tezcatlipoca*. “Era de una piedra muy relumbrante y negra como azabache, vestido de algunos atavíos galanos a su modo: cuanto a lo primero, tenía zarcillos de oro y otros de plata, en el labio bajo tenía un canutillo de veril cristalino, en el cual estaba metida una pluma verde, y otras veces azul, que de fuera parecía esmeralda o turquesa. Era este veril como un gemo de largo; encima de una coleta de cabellos que tenía en la cabeza, le ceñía una cinta de oro bruñido, la cual tenía por remate una oreja de oro con unos humos pintados en ella, que significaba las palabras y aliento de los ruegos que llegaban a sus oídos de todos los afligidos y pecadores: entre esta oreja y la cinta salían unas garzotas blancas en gran número; al cuello tenía colgado un joyel de oro, tan grande que le cubría todo el pecho; en ambos brazos tenía brazaletes de oro, y en el ombligo una rica piedra verde; en la mano izquierda tenía un mosquero de plumas preciadas azules, verdes y amarillas que salían de una chapa redonda de oro muy bruñida, reluciente como un espejo, con que daba a entender que en aquel espejo veía todo lo que se hacía en el mundo... En la mano derecha tenía cuatro saetas, que significaba el castigo que por los pecados daba a los malos, y así era el ídolo que más temían, porque no les descubriese sus delitos... en las gargantas de los pies tenía unos cascabeles de oro, tenía en el pie derecho una mano de venado atada siempre, que significaba la ligereza y agilidad en sus obras y poder. Estaba rodeado con una cortina de red muy labrada toda de negro y blanco, con una orla a la redonda de rosas blancas, negras y coloradas muy adornadas de plumería, y en los pies unos zapatos muy galanos y ricos...”.

todos los funcionarios que habían servido durante el reinado de su antecesor, argumentando que

quería llevar las cosas de su gobierno por la vía que a él le diese más contento<sup>3</sup>

y que dicho camino difería del seguido por el difunto *Ahuízotl*. ¿Quería de ese modo torcer el destino?, ¿se preparaba para inaugurar una nueva era en la que quedasen fuera las viejas tradiciones? No lo sabemos, pero los propios informantes de los españoles señalaron que para reemplazar a los anteriores funcionarios Moctezuma trajo a los jóvenes que habían estudiado en centros educativos dirigidos por él, continuando con su instrucción en el palacio, hasta lograr que adoptaran como propios sus ideales y formas de ser.

La altanería y el orgullo desplazaron a la modestia y humildad que lo habían caracterizado. Dejó la vida austera de quien se recluye en un templo por el esplendor y lujo de la existencia palaciega. No abandonó, sin embargo, su preocupación religiosa. Las basílicas relucían y los fieles siempre hallaban sacerdotes bien dispuestos a resolver sus inquietudes.

Moctezuma sabía lo difícil que era para los legos entender la compleja estructura de la religión náhuatl, llena de simbolismos y dualidades reflejadas en la multitud de atributos que personificaban a una misma deidad. Trató de solucionar el problema intentando sintetizar el panteón y el ritual mexica. ¿Era esa otra manifestación de su íntimo deseo de torcer el destino cíclico de su pueblo? ¿Deseaba alterar lo que narraban los viejos códices? Lo concreto es que, según cuenta el padre Durán, le pareció:

que faltaba un templo que fuese conmemoración de todos los ídolos que en esta tierra adoraban, y movido con celo de religión mandó que se edificase, en el lugar que son ahora las casas de Acevedo: llamanle *Coateocalli*, que quiere decir casa de los diversos dioses que hay en todos los pueblos y provincias<sup>4</sup>.

No descuidó tampoco el aspecto militar, comandando personalmente una serie de campañas contra los pueblos vecinos y, en especial, contra los Tlaxcaltecas a quienes no pudo reducir. Quería emular la fama de grandes conquistadores que tenían sus antecesores y, con ello, engrandecer su propia figura. No lo logró pero, sin pensarlo, cavó la tumba de su holocausto, pues fueron esos mismos pueblos los que apoyaron a Hernán Cortés y su hueste para poder ingresar a Tenochtitlán.

A pesar de su gran fe Moctezuma no podía sustraerse al verdadero pánico que le producían los presagios y oráculos. En el fondo eran la manifestación de ese mundo que aspiraba a transformar y que le hacía mantenerse entre la tradición y el cambio. De ahí aquella actitud vacilante mostrada cuando debía

<sup>3</sup>Fray Diego de Durán. *Op. cit.*, t. 1: 417.

<sup>4</sup>*Ibid*, p. 456.



Figura 5. Los tlaxcaltecas acompañan a los españoles hacia Tenochtitlán (Durán, lámina 56, Cap. LXXII, tomo II).

enfrentar los grandes problemas relacionados con las leyendas náhuatl y que le llevaron a actuar como ningún otro de los monarcas mexicas lo hubiera hecho.

Todo comenzó en 1509, dos años después de iniciado el nuevo "atado de años". Según recuerdan los testigos

una como espiga de fuego, una como llama de fuego, una como aurora: se mostraron como si estuvieran goteando, como si estuvieran punzeando en el cielo<sup>5</sup>.

La luz del cometa convirtió la noche en día. Llamados ante Moctezuma los adivinos le dijeron que nunca habían visto un fenómeno como ese. El monarca, indignado porque no le daban una explicación, los hizo arrojar a unas jaulas donde morirían de hambre. Poco después se lamentaría

Oh, Señor de lo criado, oh dioses todopoderosos en quienes esta el matar y dar vida, ¿cómo habeis permitido que habiendo pasado tantos reyes y señores poderosos, me cupiese a mi en mente la desdichada destrucción de México, y que vea yo la muerte de mis mujeres e hijos, y que me vea yo desposeer de mis poderosos reinos y señoríos y de mis vasallos y de todo lo que los mexicanos han conquistado y ganado con su poderoso brazo y con la fuerza y ánimo de su pecho? ¿Qué haré? ¿Dónde me esconderé? ¿Dónde me iré a meter? Oh, si me pudiera en este punto volver piedra, o palo, o convertir en cualquiera otra vil materia<sup>6</sup>, antes que no ver lo que con tanto sobresalto espero<sup>7</sup>.

<sup>5</sup>Códice Matritense. En Miguel León Portilla. *El reverso de la conquista*. Joaquín Mortiz, México. 1964: 29.

<sup>6</sup>Quizás la expresión "vil materia" se relacione con la substancia con que fueron elaboradas las anteriores humanidades.

<sup>7</sup>Fray Bernardino de Sahagún. *Historia general de las Cosas de Nueva España*. Editorial Porrúa. México, 1956: 469.

La angustia roía su espíritu. A pesar de los esfuerzos parece que nada podía contra el destino; la rueda cíclica continuaría su inexorable camino hacia el fin del mundo. Los malos presagios así parecían indicarlo. Posteriormente ardió, sin causa aparente, la casa de *Huitzilopochtli*, el Colobrí Zurdo, quien había incitado a la peregrinación de los mexicas hasta hallar el lugar donde el águila posada sobre un nopal devorara una serpiente. Allí, les profetizó, debían establecerse en forma definitiva, pues ese sería el centro desde el cual dominarían al mundo. Los mexicas fueron incapaces de salvar los aposentos de su deidad tribal, pues cada cántaro de agua que tiraban avivaba aún más las llamas. ¿Significaba ello la destrucción de la civilización náhuatl? ¿Era un indicio de que otras divinidades más poderosas y, por ende, desconocidas, anunciaban su llegada? Dudas e interrogantes sin respuestas. Moctezuma no cesaba en sus intentos de variar el curso de la historia para escapar del sino fatal.

Otro día en que lloviznaba lentamente, sin que mediara tormenta alguna, se desprendió un rayo del cielo que cayó directamente sobre el templo de *Xiuhtecuhtli*, el Señor del Fuego, el reverenciado durante las ceremonias del Fuego Nuevo. No se escuchó el trueno aterrador que sigue a la luz. ¿Síntoma que se acercaba el largo tiempo de las tinieblas? Nadie podía explicar tampoco la intespestiva aparición de un cometa que, como relataron los informantes de fray Sahagún, estaba dividido en tres partes:

salió de donde el sol se mete: iba derecho viendo a donde sale el sol; como si fuera brasa, iba cayendo en lluvia de chispas. Larga se tendió su cauda; lejos llegó su cola. Y cuando visto fue, hubo gran alboroto: como si estuvieran tocando cascabeles<sup>8</sup>.

Moctezuma vacilaba. Conocía los secretos del pasado. Un sol que aparece desde el poniente y corre en dirección al oriente ¿no podría señalar el advenimiento de un nuevo astro, y por tanto otra humanidad, desplazando al surgido en Teotihuacán? Moctezuma no lo sabía. Meditaba encerrado en sus aposentos del templo. Oraba. Sin embargo, las divinidades nada le revelaban ni le entregaban signos que quietaran su corazón.

Más desesperanzas cundieron cuando hirvió el agua del lago Texcoco que, alborotada por el viento

llegó a los fundamentos de las casas; y derruidas las casas, se anegaron en agua...<sup>9</sup>.

Otra evidencia de finales del mundo. Voces de mujer herida bajaban del cielo en la noche. La "llorona" entre sollozos gritaba:

—¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!

Y a veces decía:

—¡Hijitos míos, ¿a dónde os llevaré?<sup>10</sup>

<sup>8</sup>Códice Matritense. En Miguel León Portilla. *El reverso de la conquista*. México, 1964: 30.

<sup>9</sup>*Ibid.*, p. 31.

<sup>10</sup>*Ibid.*

*Cihuacóatl*, la mujer serpiente, parecía estar entregando una visión de lo que vendría: el desplazamiento del universo mexicana y su ingreso hacia lo desconocido. ¿Dónde arribarían? ¿Sería su destino, al igual que el de las cuatro humanidades anteriores, el reino de la muerte y del olvido?

La perplejidad no interrumpía la actividad cotidiana. Los pescadores proseguían tendiendo sus redes en las aguas dulces del lago recogiendo los peces que irían a engrosar los manjares que, distribuidos en cientos de platos, engalanaban la mesa de Moctezuma. Con sorpresa esta vez atraparon un pájaro de color ceniza, símbolo de la vida (el ave) moribunda (lo ceniciento que anuncia el fin de las brasas ardientes). Moctezuma lo recibió al mediodía. Observándolo descubrió un espejo en su mollera y al mirarlo avistó el cielo estrellado:

cuando vio por segunda vez la mollera del pájaro, nuevamente vio allá, en lontananza; como si algunas personas vinieran de prisa; bien estiradas; dando empellones. Se hacían la guerra unos a otros, y los traían a cuestras unos como venados<sup>11</sup>.

Alarmado llamó a sus consejeros, a los magos y a los conocedores de las cosas de los dioses. Les contó lo que había contemplado comentando, con dolor, el mal presagio que auguraban. Los acompañantes se inclinaron sobre el espejo para dar su opinión. Pero toda la visión había desaparecido. ¿Por qué sólo él tuvo acceso a ella? Otra vez la duda. ¿Qué querían comunicarle las divinidades? ¿Por qué las estrellas se desvanecían para dar lugar a la aparición



Figura 6. Moctezuma observa impresionado, según el Códice Florentino, el cielo con sus pléyades reflejado en el espejo del ave mágica.

<sup>11</sup>*Ibid.*

de presurosos seres montados sobre animales? Posiblemente ahí, por vez primera, pensó en Quetzalcóatl y su prometido retorno.

Más tarde la sensación de “elegido” como actor de hechos trascendentales se hizo aún más patente en el ánimo de Moctezuma especialmente al comprobar que las imágenes se borraban tan pronto colocaba sus ojos en ellas. Así lo recordaban los informantes de Sahagún:

muchas veces se mostraba a la gente hombres deformes, personas monstruosas. De dos cabezas, pero un solo cuerpo. Los llevaban a la Casa de lo Negro<sup>12</sup>; luego se los mostraba a Mochtecuizoma. Cuando los había visto, luego desaparecían<sup>13</sup>.

Hechos funestos, debió pensar el emperador, que reafirmaban el cambio cercano. El sol, los cometas, el agua comportándose erráticamente; la llorona lamentando el destino de sus hijos; seres extraños, montados sobre animales, deformes que se sobreponían sobre lo conocido tornados en etéreos avisos de desdichas. Y por sobre todo las extrañas noticias recibidas a través de los pochtecas, esos comerciantes a largas distancias, ojos y oídos del emperador, que regresaban, silenciosos en la noche, cargando sobre las espaldas de sus esclavos toda clase de mercaderías exóticas. Ellos informaron a Moctezuma que en las lejanas costas de la península del Yucatán se habían divisado montañas navegando sobre el mar<sup>14</sup>. El monarca cayó en profunda depresión. Todos sus esfuerzos por torcer el destino marcado por los “atados de años” habían sido vanos. Quiso morir y, según *Tezozómoc*, el cronista mestizo, envió mensajeros al dios de la muerte para que le diese refugio en su reino. La respuesta fue negativa porque no correspondían a lo que Moctezuma buscaba. La deidad les recordó que allí las cosas

ya no son como cuando en el mundo estaban, sino de otra forma y manera, que cuando estaban en el mundo tenían alegría, descanso y contento; ahora es todo tormento; que no es este lugar como allá el refrán dice, que es un deleitoso paraíso de contento, sino un continuo tormento: decidle esto a Moctezuma, que si viese este lugar, de puro temor huyera hasta meterse en una piedra<sup>15</sup>.

Poco después un grupo de funcionarios estacionados en la costa cercana a la actual Veracruz divisaron naves rumbo al norte<sup>16</sup>. Rápidamente tomaron sus canoas para averiguar de qué se trataba:

Estos no más fueron a explorarlo. Fueron bajo el pretexto de que iban a

<sup>12</sup>Casa de lo Negro, templo en el que se realizaban estudios de lo mágico.

<sup>13</sup>Códice Matritense. *Op. cit.*, p. 32.

<sup>14</sup>Probablemente eran las embarcaciones de la expedición de Francisco Hernández de Córdoba en 1517.

<sup>15</sup>Hernando Alvarado Tezozómoc. *Crónica Mexicana*. Editorial Leynda, México, 1944: 508.

<sup>16</sup>Era la expedición de Juan de Grijalba quien, en 1518, descubrió la isla de Cozumel en la península del Yucatán continuando luego hasta la ínsula San Juan de Ulúa, frente a Veracruz y proseguir hasta el río Pánuco.

comerciar. Iban a tratar con maña, a ver que clase de gente era, haciendo el truco de vender mantas ricas, cosas bien acabadas, no más, como quien dice, las que usaba Mocthecuzoma<sup>17</sup>.

Se acercaron a las embarcaciones europeas y saludaron a sus tripulantes como si fuesen dioses, besando la proa en actitud de veneración y respeto. Declarando ser mexicas y súbditos de Moctezuma les entregaron

las diversas clases de mantas ricas que habían traído. Tales cuales aquí se mencionan: Una con un sol, otra con flecos azules, otra con trozos labrados, o con pintura color de águila, con una cara de serpiente, con el joyero propio del dios Ehécatl, con color de sangre de pavo, o con remolinos de agua labrados, o con espejos humeantes<sup>18</sup>. Todos estos géneros de mantas finas les fueron dando.

Fueron agraciados con dones de retorno: los hombres de Castilla les dieron: collares verdes, amarillos, como que quieren parecerse al cristal de roca. Y cuando los recibieron, cuando los vieron, mucho se maravillaron<sup>19</sup>.

Marcharon directamente a ver a Moctezuma para contarle lo ocurrido y entregarle las cuentas de vidrio. Le dijeron

¿Señor Nuestro!... He aquí lo que hemos visto, he aquí lo que hemos hecho: Allí donde para tí mantienen vigilancia de las cosas tus abuelos, en la superficie del mar, fuimos a ver a *nuestros señores los dioses*<sup>20</sup>, dentro del agua. Allá les dimos todas tus mantas: he aquí los obsequios suyos: nos lo dieron<sup>21</sup>.

Fueron ellos entonces los primeros en atribuirle calidad divina a los navegantes. Moctezuma debió recordar la promesa de Quetzalcóatl. Regresaría por la misma senda que emprendía: desde el oriente caminando sobre las aguas. Su corazón se estremeció. Ordenó a sus servidores que guardasen silencio:

Nadie dirá cosa alguna, nadie abrirá los labios, nadie chistará cosa alguna; nadie lo publique, nadie lo ponga en sus labios<sup>22</sup>.

El emperador solo, ensimismado en sus pensamientos, se acongojaba ante la posibilidad de tener que rendir cuentas a Quetzalcóatl de su conducta y de sus estériles esfuerzos por cambiar el sentido de la historia. ¿Se trataba verdaderamente de la Serpiente Emplumada que retornaba? No lo sabía pero tenía que cerciorarse. Decidió esperar antes de actuar. No debió aguardar mucho. En

<sup>17</sup>Códice Matritense. *Op. cit.*, p. 32.

<sup>18</sup>Los espejos humeantes simbolizaban a Tezcatlipoca.

<sup>19</sup>Códice Matritense. *Op. cit.*, pp. 33-34.

<sup>20</sup>Subrayado nuestro para acentuar la idea sobre quiénes verdaderamente atribuyeron la calidad de deidades a los europeos.

<sup>21</sup>Códice Florentino. Libro VI, Capítulo II.

<sup>22</sup>Fray Bernardino de Sahagún. *Op. cit.*, libro XII, cap. 11.

febrero de 1519 Hernán Cortés desembarcó en la costa de Yucatán. Pronto se le reunió Jerónimo de Aguilar que había vivido ocho años en la península. Hablaba maya y sería el intérprete del Capitán. Cortés avanzó por la costa. En Tabasco fue recibido belicosamente por sus habitantes. La pólvora y el ruido de los cañones decidieron el combate. Un espléndido regalo consistente en diademas y máscaras de oro, cinco patos y veinte mujeres sellaron las paces. Entre las doncellas se encontraba *Malitzin*, o doña Marina una vez cristianizada, quien hablaba maya y náhuatl. A través de Grijalbo que traducía del español al maya y de Marina que lo hacía del maya al náhuatl, Cortés pudo comunicarse con los funcionarios mexicas que acudían a su encuentro.

Los espías informaron al monarca de los sucesos en tierras lejanas a las fronteras del imperio. En la mente de Moctezuma un dato prendió la imaginación —llegaron por el oriente, le dijeron—. No puede ser otro que Quetzalcoátl pensó, y mandó que los observaran y le describieran su aspecto. Los enviados llegaron a la playa y sin dejarse ver, subidos en un árbol, examinaron a los europeos tratando de reproducir sus características físicas en nerviosos y apurados dibujos. De regreso dieron cuenta que

Hasta ya tarde estuvieron pescando, y luego entraron en una canoa pequeña y llegaron hasta las dos torres muy grandes y subían dentro, y las gentes serían como quince personas, con unos como sacos colorados, otros de azul, otros de pardo y de verde, y una color nugrienta como nuestro ychtilmatle, tan feo: otros encarnado, y en las cabezas tenían puestos unos paños colorados, y eran bonetes de grana, otros muy grandes y redondos a manera de comales pequeños, que deben ser guarda sol<sup>23</sup> y las carnes de ellos muy blancas, más que nuestras carnes, excepto que todos los más tienen barba larga y el cabello hasta la oreja les da<sup>24</sup>.

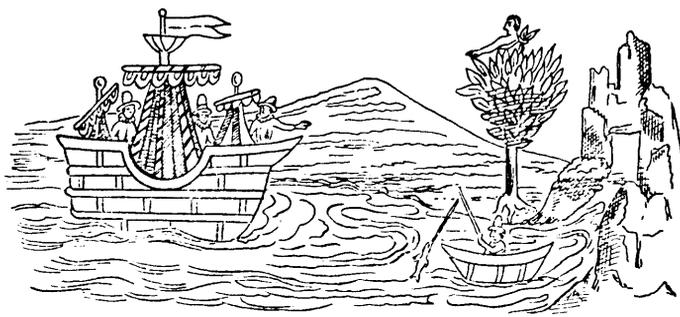


Figura 7. Los espías de Moctezuma, escondidos en las copas de frondosos árboles, observan asombrados a los españoles y sus embarcaciones (Durán, lámina 53, Cap. LXIX, tomo II).

<sup>23</sup>Se refieren a los sombreros.

<sup>24</sup>Hernando Alvarado Tezozómoc. *Op. cit.*, p. 518.

Las dudas había que afrontarlas. Moctezuma otra vez trató de tentar a la historia. Decidió enviar una embajada hacia Cortés provista de valiosos regalos. Entre ellos duplicados de las máscaras y vestimentas de Quetzalcóatl, Tezcatlipoca y Tláloc. Acción que sólo puede evidenciar un hecho: Moctezuma, en ese momento, estaba casi convencido que los recién llegados eran dioses pero, sin embargo, no estaba seguro respecto de su identidad. Por eso las tres máscaras; entre las que sobresalía la de la Serpiente Emplumada descrita por Sahagún:

Estaba esta máscara engerida en un corona alta y grande, llena de plumas ricas, largas y muy hermosas, de manera que poniéndose la corona sobre la cabeza se ponía la máscara en la cara: Llevaba por joyel una medalla de oro redonda y ancha: estaba asida con nueve sartaes de piedras preciosas, que echadas al cuello cubrían los hombros y todo el pecho.

Llevaban también una rodela grande bordada de piedras preciosas con unas bandas de oro, que llegaban de arriba abajo por toda ella, y otras bandas de perlas atravesadas sobre las de oro de arriba abajo por toda ella, y en los espacios que hacían estas bandas, las cuales eran como mallas de red, iban puestos unos sapitos de oro<sup>25</sup>.



Figura 8. La imagen de Quetzalcóatl con barba debió representar al Supremo Sacerdote de la Serpiente Emplumada. Su figura tenía una larga tradición en el área mesoamericana como lo demuestran las siguientes imágenes.

La figura 8a corresponde a un fragmento de cerámica hallado por Laurette Sejourné en el palacio de Zacuala de la ciudad de Teotihuacán que floreció hasta el siglo VIII de nuestra era.

<sup>25</sup>Fray Bernardino de Sahagún. *Op. cit.*, libro XII, cap. 4.



La figura 8b se encuentra en un bajorrelieve de Tula, la capital tolteca. Obsérvese la serpiente emplumada que rodea al sacerdote barbado.

Los enviados debían cerciorarse con cuál divinidad se identificaba Cortés interrogando a sus acompañantes y escuchando atentamente lo que el propio capitán les comunicase. Abandonaron Tenochtitlán en dirección a la costa del Golfo, topándose con los europeos al sur de Veracruz. De inmediato determinaron que no podía ser sino Quetzalcóatl. Sólo esta deidad, recordaron, llevaba barba como la de Cortés y sus compañeros. Le pusieron la máscara y terminaron de vestirlo como un dios viviente de la cabeza a los pies. Finalizada su tarea el Capitán ordenó dispararan un cañonazo. Los mexicas se desmayaron. Para reanimarlos les dieron a beber vino: se embriagaron.

El sordo ruido que zumbaba en sus oídos y el hecho de que los extranjeros bebiesen alcohol, acción sólo permitida a los ancianos y a las deidades, corroboró una idea ya generalizada: eran los dioses que retornaban. No en vano la misma leyenda narraba que Quetzalcóatl, entrado en años, había experimentado los efectos del alcohol, sucumbiendo a las tentaciones de Tezcatlipoca.



La figura 8c se halló en el reverso de un espejo de piritita proveniente de la región huasteca en la costa veracruzana de México.

Los comisionados regresaron a Tenochtitlán. Participaron al monarca, con cada detalle imaginable, de lo que habían contemplado entregándole los regalos recibidos de parte de los forasteros. Éstos fueron llevados al Templo de Quetzalcóatl en Tula a fin de enterrarlos, como ofrendas, dentro de hermosos contenedores.

Moctezuma cayó en total aflicción, estado de ánimo que traspasó a su pueblo según se acordaban los informantes de Sahagún. El señor

cavilaba en aquellas cosas, estaba preocupado; lleno de terror, de miedo: cavilaba que iba a acontecer con la ciudad. Y todo el mundo estaba muy temeroso. Había gran espanto y había terror. Se discutían las cosas, se hablaba de lo sucedido.

Hay juntas, hay discusiones, se forman corrillos, hay llanto, se hace largo llanto, se llora por los otros. Van con la cabeza caída, andan



En la figura 8d se muestra a Quetzalcóatl como una persona anciana, enjuta y de barba entrecana pronunciando un discurso (Códice Fjérvary). Fue la barba el elemento primordial en la primera confusión de los españoles con la deidad que había prometido regresar a su pueblo.

cabizbajos. Entre llanto se saludan; se lloran unos a otros al saludarse. Hay intento de animar a la gente, se reaniman unos a otros. Hacen caricias a otros, los niños son acariciados<sup>26</sup>.

<sup>26</sup>Códice Florentino, libro XII, cap. IX.



Figura 9. Escena del Códice Florentino que muestra a los hechiceros mexicanos ofreciéndoles manjares embrujados a los españoles quienes se niegan a aceptarlos.

Era el preludio del desastre. A pesar de su estado Moctezuma hizo un postrer intento para impedir la entrada de los extraños a su reino. Nuevos emisarios salieron de la dolida ciudad. Esta vez iban hechiceros dispuestos a ejecutar toda clase de artificios para provocar la muerte de los "dioses" o, en el peor de los casos, lograr su partida de aquellas tierras. Entretanto otro funcionario, de nombre *Tendile*, se encontró con Cortés en las cercanías de Veracruz. Hizo pintar, con la mayor exactitud posible, al capitán, a su ejército, barcos, caballos y galgos que le acompañaban. Recibió como regalo un casco oxidado que, para colmo de las coincidencias, se parecía al que, según la leyenda, Huitzilopochtli entregara a su gente escogida.

Moctezuma se aterró. Cada vez le parecía más lúgubre la situación. De tanto mirar las pinturas traídas por Tendile de pronto notó un extraño parecido de otro soldado con Cortés. Mandó de nuevo al funcionario con ricos presentes para los europeos y la orden, en postrer esfuerzo para remediar la situación, de apoderarse de aquel expedicionario a fin de someterlo a todo tipo de brujerías con la esperanza que ellas afectarían directamente a quien creía personificaba.

Los peninsulares, por su parte, no paraban de preguntar quién era Moctezuma, su aspecto, su edad, su poderío, solicitando verle. Los informantes de Sahagún recordaban que

cuando oía Moctecuhzoma que mucho se indagaba sobre él, que se escudriñaba su persona, que los "dioses" mucho deseaban verle la cara, como que se le apretaba el corazón, se llenaba de grande angustia. Estaba para huir, tenía deseos de huir; anhelaba esconderse huyendo, estaba para huir. Intentaba esconderse, ansiaba esconderse. Se le quería esconder, se le quería escabullir a los "dioses"<sup>27</sup>.

Pero el emperador no tenía dónde ocultarse. En todos sus dominios no existía un sólo escondrijo que le permitiera salvarse del destino que avisoraba.



Figura 10. Moctezuma cavilando angustiado, luego del fracaso de sus brujos, sobre si huir o esconderse en lo profundo de una caverna (Códice Florentino).

<sup>27</sup>*Ibid.*



Figura 11. Hernán Cortés, acompañado de la Malinche, es recibido espléndidamente por los tlaxcaltecas quienes le ofrendan maíz, tortillas y guajalotes vivos. (Lienzo de Tlaxcala).

Entonces, dejando de lado sus vacilaciones, su conducta variante entre el abatimiento y la cólera, decidió enfrentar la realidad.

No hizo más que esperarlos. No hizo más que resolverlo en su corazón, no hizo más que resignarse; dominó finalmente su corazón, se recomió en su interior, lo dejó en disposición de ver y de admirar lo que había de suceder<sup>28</sup>.

Cortés, ayudado por los hados, tuvo la suerte de toparse en la playa con un grupo de totonacas quienes se mostraron hostiles al dominio mexica. Ahí comprendió que a pesar de lo que le habían informado acerca de la autoridad de Moctezuma, no todos sus súbditos le guardaban absoluta lealtad. Movilizó a su hueste. Entró en Cempoala para proseguir hacia Tlaxcala donde se ganó la adhesión y alianza de ese pueblo tan duramente tratado por Moctezuma. Engrosado su ejército con indígenas avanzó hacia Cholula donde mató a gran número de nativos en el patio del templo dedicado a Quetzalcóatl, el mismo dios a quienes los mexicas creían que representaba. Finalmente, el 8 de no-

<sup>28</sup> *Ibid.*



Figura 12. Escena idealizada del lienzo de Tlaxcala representando el encuentro de Cortés y Moctezuma. Ambos aparecen sentados sobre sillas que imitan los tronos europeos.

viembre de 1519, los expedicionarios cruzaron la calzada de Iztapalapa que unía la ribera sur del lago con la isla de Tenochtitlán. Al término de ella le esperaba Moctezuma ricamente ataviado. Bajándose de las andas en que le transportaban, y precedido por una fila de hombres que barrían el suelo por donde habría de pisar mientras otros colocaban mantas para que sus sandalias no entrasen en contacto con la tierra, el emperador, como sostiene Bernal Díaz del Castillo “se le echó al cuello” a Cortés. Con la cabeza gacha le dijo:

“Señor nuestro: te has fatigado, te has dado cansancio: ya a la tierra tú has llegado. Has arribado a tu ciudad: México. Aquí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono. Oh, por tiempo breve te lo reservaron, te lo conservaron, los que ya se fueron, tus sustitutos...”

¡Ojalá uno de ellos estuviera viendo, viera con asombro lo que yo ahora veo venir en mí!

Lo que yo veo ahora: yo el residuo, el superviviente de nuestros señores.

No, no es que yo sueño, no me levanto del sueño adormilado: no lo veo en sueños, no estoy soñando.

¡Es que ya te he visto, es que ya he puesto mis ojos en tu rostro!

Ha cinco, ha diez días yo estaba angustiado: tenía fija la mirada en la Región del Misterio.



Figura 13. El códice florentino representa, en forma más concordante con los testimonios de los observadores, el recibimiento que Moctezuma le brindó a Cortés.

Y tú has venido entre nubes, entre nieblas.

Como que esto era lo que nos habían dejado dicho los reyes, los que rigieron, los que gobernaron tu ciudad.

Que habrías de instalarte en tu asiento, en tu sitial, que habrías de venir acá...

Pero ahora se ha realizado: ya tú llegaste, con gran fatiga, con afán viniste.

Llega a la tierra: ven y descansa; toma posesión de tus casas reales; da refrigerio a tu cuerpo.

¡Llegad a vuestra tierra, señores nuestros!<sup>29</sup>.

<sup>29</sup>*Ibid*, libro XII, cap. XVI.

Culminaban 17 años de ineficaces esfuerzos para trastocar el destino marcado por el recurrente eterno de los hechos expresados en las leyendas que conservaban la historia. Un hombre, enérgico a veces, apesadumbrado y vacilante las más, habiendo fracasado en sus pretensiones de mudar la suerte de su pueblo aceptó enfrentar la realidad y recibir a aquellos "dioses" que representaban el inicio de una era por conocer, ya que no tenía parangón con las anteriores. Así, entre la tradición y el mito, comenzaría a hundirse el mundo náhuatl en las tinieblas de un cosmos sin soles ni ocasos.

Santiago, octubre 1989